

- West, E. W. (1892): *Pahlavi Texts. Volume IV: Contents of the Nasks*, Sacred Books of the East, Volume 37, Oxford.
- Wiedgren, G. (1965): *Die Religionen Irans*, Die Religionen der Menschheit, Stuttgart.
- Wikander, St. (1946): *Feuerpriester in Kleinasien und Iran*, Lund.
- Zaehner, R. C. (1955): *Zurvan. A Zoroastrian Dilemma*, Oxford [New York, 1972].

**CATURANĠA:  
ARMAS DE GUERRA EN EL MUNDO INDIO, PERSA Y HELENÍSTICO**

Agustí Alemany  
(Universitat Autònoma de Barcelona)

**Abstract.** This paper deals with the fourfold division of the ancient Indian armies (*caturanġa*) and its influence in the art of war of Persia and the Hellenistic world, mainly the use of the war-elephant.

I. No cabe duda de que uno de los juegos de mesa que ha disfrutado de mayor popularidad en todo el mundo es el ajedrez, en sus diversas variantes; pero no tan conocida es la realidad histórica que lo inspiró, quizás porque con el paso del tiempo sus reglas han adoptado un carácter cada vez más abstracto, que ha sumido sus orígenes en el olvido. Sin embargo, todas las evidencias apuntan a que peones, caballos, alfiles y torres reproducían, en un principio, la división tradicional de los antiguos ejércitos indios. Como es bien sabido, el castellano antiguo *açedrex* procede del árabe *aš-šarānġ*, préstamo del persa medio *šarānġ*, y éste a su vez del sánscrito *caturanġa-*, es decir, “el que tiene cuatro miembros”, en alusión a las cuatro armas representadas en el juego: infantería, caballería, elefantes y carros de guerra. La primera descripción conocida en una lengua europea, los *Libros de açedrex, dados e tablas*, escritos por orden del rey Alfonso X el Sabio en 1283, identifican así las realidades simbolizadas por las diferentes piezas o “trebeios”. Además del *Rey*, “señor de la hueste”, y del *alfferza*, “alfferz mayor del Rey” (del árabe *al-firzān* < persa medio *frazēn* “guardia”, equivalente oriental de la reina, pero considerado por error una palabra emparentada con *alfferz* < árabe *al-fāris* “jinete [abanderado]”), tenemos:

- los *peones*, “a semejanza del pueblo menudo que va en la hueste”, del latín vulgar *pedo*, *-onis* “soldado de a pie”;
- los *cauallos* o “caualleros que son puestos por cabdiellos”, aunque en realidad representaban a toda la caballería y no sólo a sus capitanes;
- los *alfiles* o “eleffantes que solien los Reyes leuar en las batallas”, de la forma árabe determinada *al-fil* “el elefante”;
- y los *roques*, “a semejanza de los azes de caualleros”; en este caso, su valor primitivo tampoco era el de tropas de caballería, sino el de carros de guerra, como confirma su etimología, que parece remontarse a una forma árabe \* *ruhġ* “carro” (véase cuadro A).

No obstante, el juego, como hemos indicado, no es más que la transposición a un tablero de la organización militar habitual en la antigua India; y es por ello que hoy quisieramos dedicar la presente comunicación a dar a conocer tal institución y, en especial, sus influencias en la Persia aqueménida, el Próximo Oriente helenístico y el mundo antiguo en general.

II. Un aforismo indio establece que “las partes de un ejército deben ser cuatro: elefantes, caballería, carros e infantería” (*hastyaśvarathapādātaṃ senānġam syāccatuṣṭayam*). Esta división cuatrimpartita, profusamente documentada en el *Mahābhārata*, se concreta en el término *caturanġabala-* (e.g. MBh 3.17.2; cf. 3.21.13) que designa un ejército integrado por estas cuatro clases de tropas. La unidad básica recibe el nombre de *pattiġ* y está formada por un carro, un elefante, tres jinetes y cinco infantes. A su vez, tres *pattiġ* equivalen a un *senānu-*

*kham*, tres *senāmukhaṇi* a un *gulmaḥ*, y así sucesivamente, hasta llegar a la unidad mayor, llamada *aḥsauhini*, que estaría compuesta por 21.870 carros, idéntico número de elefantes, 65.610 jinetes y 109.350 infantes (véase cuadro B).

Ni que decir tiene que tales cifras son evidentemente fabulosas, más si tenemos en cuenta que en la batalla de Kurukṣetra, el conflicto central del *Mahābhārata*, se enfrentan siete *aḥsauhini* de los Pāṇḍavas –los “buenos”– a once de los Kauravas –los “malos”–, con lo cual los combatientes se cuentan por millones. Claro está que la exageración épica se extiende también a la efectividad de algunos héroes en combate y al consiguiente número de bajas: así, Bhīṣma, primer comandante supremo de los Kauravas, hace voto de matar él solo diez mil *ḥṣatriyas* –o guerreros– cada día de batalla, y su sucesor Droṇa, al recibir la falsa noticia de la muerte de su hijo Aśvatthāman, aniquila a veinte mil de un solo golpe; asimismo, los Pāṇḍavas no les van a la zaga y masacran por igual a sus enemigos, según el poema, como si de hormigas se tratara.

El testimonio del *Mahābhārata*, por tanto, debe ser manejado con precaución, pero cuanto menos sirve para constatar la vigencia y popularidad de la división cuatripartita o *caturaṅga* en la época de la fijación del texto del poema tal y como hoy lo conocemos, que empieza quizás ya en el s. IV aC. De hecho, cuando Alejandro Magno se enfrenta al rey Pero (Πῶρος, ai. *Puru*–) en la batalla del río Hidaspes en mayo del año 326 aC, el monarca indio le opone un ejército cuyo número de efectivos varía según las diversas fuentes, pero que todas ellas coinciden en describir de forma unánime como integrado por infantería, caballería, carros y elefantes. La época inmediatamente posterior viene marcada por la impronta del reinado de Candragupta, fundador de la dinastía Maurya –el Σανδράκοτος de los griegos; a su primer ministro Kauṭilya se le atribuye la autoría del famoso *Arthaśāstra*, primer manual conservado sobre el arte de gobernar y remoto precursor del *Príncipe* de Maquiavelo, cuya décima sección (o *adhikaraṇam*) está dedicada a la guerra y analiza el papel de cada una de las cuatro armas del *caturaṅga* según la naturaleza del campo de batalla, así como su despliegue de acuerdo con el lugar que ocupan en la formación del ejército y su forma de combatir.

III. En palabras de Kauṭilya, “el elefante es [el arma] principal en la destrucción de un contingente enemigo” (*Arth. 7.11.16: hastipradhāno hi parāṅkavadha iti*). El griego Megástenes, embajador de Seleuco I Nicátor en Pāṭaliputra, la Παλιμπούρα de los griegos, sede de la corte de Candragupta, también afirma que los elefantes juegan un papel decisivo a la hora de inclinar la balanza a favor de uno u otro contendiente (*FGrH 715 F 4 μεγάλας συμβαίνει γίνεσθαι ῥοπᾶς πρὸς τὴν νίκην*); y es que, en definitiva, parece que los indios confiaban más en la fuerza de estos animales que en todo el resto del ejército (así e.g. Quint. Curt. 8, 13, 3 *plus in beluis quam in exercitu spei ac uirium illis erat*). No es de extrañar, pues, que sus vecinos llegaran a interesarse con el tiempo por esta nueva y extraña arma, y la difundieran por todo occidente.

Hacia el 517 aC, Darío I el Grande había conquistado el noroeste de la India, que pasaría a integrar la satrapía de Hinduš. Los textos en antiguo persa cuneiforme sólo mencionan el marfil (<p-i-r<sup>u</sup>-u> /pīru-/ <acadio *pīru*-, *pīlu*– “elefante”) traído de Etiopía (*Kāša*), la India (*H<sup>u</sup>duš*) y Aracosia (*Hara<sup>u</sup>vatiš*) para la construcción del palacio de Darío en Susa (DSF 43-45), pero parecen desconocer al elefante. Un siglo después, Ctesias de Cnido, médico al servicio del rey Artajerjes Mnemon, es el primer autor griego que habla de los elefantes de

combate del rey de la India (*FGrH 688 F 45b ἐλεφάντων ... μαχίμων*), y declara haber visto en Babilonia palmeras arrancadas por estos animales, que estaban entrenados para derribar murallas (πεπαιδευμένοι τὰ τεῖχη τῶν πολεμίων ἀνατρέπειν). Sin embargo, no hay evidencias concluyentes de que fueran utilizados en Persia con anterioridad a la última y definitiva batalla de Darío III Codomano frente a Alejandro, Gaugamela, donde el ejército aqueménida disponía, quizás con la esperanza de haber hallado el arma definitiva, de unos quince elefantes indios que Parmenión capturó después del combate junto con el resto del campamento persa, sin que llegaran a participar en la refriega.

En Gaugamela también encontramos doscientos carros falcados (*ἄρματα δρεπανηφόρα*) en la línea de combate persa. Según Jenofonte (*Cyr. 6, 1, 29-30*), ya Ciro el Grande había añadido a ambas ruedas de los carros hoces de hierro de unos dos codos, unas a la altura de los ejes y otras por debajo, mirando al suelo, con el fin de poder cargar contra el enemigo y eventualmente arrollarlo y despedarlo. Sin embargo, con anterioridad a Gaugamela, esta arma aparece documentada una sola vez como parte del ejército persa; en concreto, en la batalla de Cunaxa (401 aC), donde Artajerjes también disponía de doscientos frente a los veinte alineados por su hermano Ciro el Joven (*Xen. Anab. 1, 7, 10-11*), lo cual podría ser un indicio de unidades vigesimales. En antiguo persa cuneiforme se encuentran documentados los adjetivos <u-r-θ> /*(h)uraθa*-/ “de buenos carros” (DSs 5) y <u-r-θ-r> /*(h)uraθara*-/ “de buenos aurigas” (DSp 3), mientras que una tablilla neolamita menciona el término *ra-te-iš-da*, que probablemente reproduce una forma meda \* *raθaištā*– “combatiente en carro” (avéstico *raθaēštā*-, védico *rathēṣṭhā*- id.). En este caso, la antigüedad del uso del carro de guerra en general en el Próximo Oriente y la originalidad de su variante falcada, que los indios desconocían y que parece ser, en definitiva, una innovación persa, dejan claro que, pese a las apariencias, su uso entre los aqueménidas y su posterior adopción por los seléucidas y la dinastía pónica nada tienen que ver con su presencia y papel, cualesquiera que estos fueran, en el *caturaṅga*.

IV. En cambio, no hay duda de que el elefante de guerra es una aportación netamente india a la historia militar de occidente. A medida que avanzaba hacia el este, Alejandro parece haber ido creando poco a poco un contingente (*ἄγημα*) de estos animales. A los quince capturados a Darío en Gaugamela se sumaron pronto otros doce que recibió como presente de Abulites, sátrapa de Susa. Tras el asedio de la ciudad asacena de Ora, cayeron en su poder algunos más. La captura de Barzaentes, sátrapa de Aracosia, le proporcionó una treintena. Una vez hubo alcanzado territorio indio, los regalos en forma de proboscídeos se multiplicaron, como en el caso de los reyes Taxiles (30-56) y Abisares (30-70), hasta que el mismo Alejandro dió ordenes a Poro, convertido en aliado tras su derrota en el Hidaspes, de reunir todos aquellos a su disposición e incorporarlos al ejército macedonio. Y he aquí que hacia el año 324, cuando la ceca de Susa acuñó moneda por valor de veinte mil talentos para pagar la deuda contraída por el conquistador con sus tropas, uno de los motivos habituales fue la figura de un elefante montado por dos indios y atacado a retaguardia por un jinete armado con lanza, que ha sido explicada a menudo como la imagen de Alejandro cargando contra el elefante de Poro. La temprana muerte del monarca macedonio le impidió hacer uso de su nueva arma, pero los diádocos recurrieron a ella con frecuencia durante las largas guerras que siguieron, por ejemplo en las batallas de Pisi-dia, Paretacene, Gabiene, Gaza e Ipsos (véase cuadro C). Según Estrabón, Seleuco concluyó un

tratado con Candragupta Maurya por el cual renunciaba a los territorios al oeste del Indo hasta el valle del río Kabul a cambio de quinientos elefantes (Strab. 15, 724), quizás una cifra redonda, parte de los cuales contribuyeron en mayor o menor medida a la victoria de los aliados sobre Antígono Monoftalmo en Ipsos.

El códice florentino de los tácticos (cod. Laur. LV 4 F, saec. X) contiene una Τέχνη τακτική en doce capítulos atribuida por la tradición a cierto Asclepiódoto, discípulo de Posidonio de Apamea (s. II-I aC), que constituye el tratado más antiguo conservado sobre la guerra en el mundo helenístico, por más que fue escrito cuando las prácticas que describe ya habían caído en desuso. El autor consagra su obra a los efectivos terrestres y distingue dentro del ejército entre la infantería (πεζόν) y las tropas montadas (ὄχηματικόν), integradas por caballería, carros y elefantes. A pesar de considerar las dos últimas poco adecuadas para el combate (οὐκ εὐφύων εἰς μάχην) y de uso raro (χρησιν σπανίζουσιν), les dedica sendos capítulos, donde básicamente enumera sus diferentes unidades (συστήματα) y mandos (ἄρχοντες). Si exceptuamos la figura del ζώαρχος o jefe de un elefante, la secuencia es paralela y cada unidad está integrada por el doble de efectivos que la anterior, en progresión geométrica; es decir, por 2, 4, 8, 16, 32 y 64 elefantes o carros, como puede verse en el cuadro D (fuente: Asclep. *Tact.* 8-9).

En los siglos posteriores se acumulan las anécdotas que todos más o menos conocemos. Pirro, rey de Epiro, cuando desembarcó en Italia, llevó consigo veinte elefantes, los "bueyes lucanos" de los atónitos romanos, que tras una serie de choques de resultado ambiguo acabaron por decidir la batalla de Heraclea a su favor; y es que una de sus ventajas indiscutibles era el pavor que provocaban en quienes jamás los habían contemplado antes, y especialmente en su caballería, que no podía soportar el hedor que desprendían. En el 255 aC, un mercenario espartano llamado Jantipo parece haber sido el primero en aprovechar sus virtudes militares al servicio de Cartago para derrotar al cónsul romano Marco Atilio Régulo en Bagradas, inaugurando así un período de medio siglo que se cierra con la batalla de Zama, durante el cual el animal fue profusamente utilizado en las guerras púnicas; no en vano, la imagen clásica que de él tenemos siempre ha sido la de Aníbal cruzando los Alpes a lomos de elefantes. Cuando los seléucidas monopolizaron su importación desde la India, sus vecinos y rivales los lágidas de Egipto recurrieron al elefante africano; y aunque los indios derrotaron a los africanos en Rafia el año 217 aC, tal victoria quizás no se debió tanto a una mayor efectividad como a su superioridad numérica en aquella ocasión. Uno de los cuadros más vivos procede de los libros de los Macabeos: cuando Eleazar, al ver en la batalla de Beth Zakaryah un elefante cubierto con corazas reales, creyó erróneamente que transportaba al rey Antíoco Eupator, corrió hasta deslizarse bajo el animal y lo hirió en el vientre para acabar acto seguido aplastado bajo el peso la bestia, que se desplomó malherida sobre él. Por último, los romanos, tras recibir algunos como regalo de rey númida Masinisa, los usaron esporádicamente en diversos escenarios, como en su enfrentamiento con Filippo V de Macedonia, en las sucesivas campañas contra Numancia o en la guerra de Yugurta; su última aparición en occidente parece haber tenido lugar el 46 aC en la batalla de Tapsos, donde Julio César derrotó al general pompeyano Quinto Metelo Escipión y a su aliado el rey Juba de Numidia, lógico proveedor de los elefantes (véase cuadro E).

Para concluir, diré que este pequeño resumen de historia militar ha obedecido más a una voluntad de divulgar y entretener que a la de ofrecer una versión exhaustiva del tema,

tampoco posible por razones de espacio, así como a la sana intención de sumarme al merecido homenaje que se ha tributado con este volumen a los profesores del Olmo y Civil. Sin embargo, quisiera añadir que estudios como el que acabo de sugerir son inviables sin una colaboración interdisciplinar que, hoy en día es, a todas luces, imprescindible, dada la progresiva especialización de los diferentes campos de la orientalista. Puesto que el Próximo Oriente es una zona de paso, creo que es vital para entender cualquier fenómeno asociado a una civilización determinada el estudio del mismo en otras culturas de su entorno, así como que haya un contacto y una permeabilidad entre los especialistas en las diferentes disciplinas. En definitiva: no dejemos que los árboles no nos permitan ver el bosque.

#### Bibliografía

- Daman Singh, S. (1965): *Ancient Indian Warfare with Special Reference to the Vedic Period*, Leiden.  
 Head, D. (1982): *Armies of the Macedonian and Punic Wars 359 BC to 146 BC*, Devizes, Wiltshire.  
 Karttunen, K. (1997): *India and the Hellenistic World (Studia Orientalia 83)*, Helsinki.  
 Scullard, H.H. (1974): *The Elephant in the Greek and Roman World*, Cambridge.

Cuadro A: El ajedrez, un juego de guerra

Alfonso X	<i>peones</i>	<i>cauallos</i>	<i>alffiles</i>	<i>roques</i>
árabe	<i>baydaq</i>	<i>faras</i>	<i>fil</i>	* <i>ruhḥ</i>
persa medio	<i>pd'tk' /payādag/</i> "peón"	' <i>sp /asp/</i> "caballo"	<i>pyl /pil/</i> "elefante"	[ <i>lyȳ = lh /rah/</i> "carro"]
sánscrito	<i>pādāta-</i> "infantería"	<i>aśva-</i> "caballería"	<i>hastin-</i> "elefante"	<i>ratha-</i> "carro"

Cuadro B: La división tradicional del ejército indio

unidades	carros	elefantes	caballería	infantería
<i>pattiḥ</i>	1	1	3	5
x 3 = <i>senāmukhaṃ</i>	3	3	9	15
x 3 = <i>gulmaḥ</i>	9	9	27	45
x 3 = <i>gaṇaḥ</i>	27	27	81	135
x 3 = <i>vāhinī</i>	81	81	243	405
x 3 = <i>prtanā</i>	243	243	729	1.215
x 3 = <i>camūḥ</i>	729	729	2.187	3.645
x 3 = <i>anīkinī</i>	2.187	2.187	6.561	10.935
x 10 = <i>akṣauhini</i>	21.870	21.870	65.610	109.350
Pāṇḍavas: 7 <i>akṣauhini</i>	153.090	153.090	459.270	765.450
Kauravas: 11 <i>akṣauhini</i>	240.570	240.570	721.710	1.202.850

AGUSTI ALEMANY

Cuadro C: Elefantes y carros de guerra en las batallas de Alejandro y los diádocos

batalla	bando	infantería	caballería	carros	elefantes	fuentes
—331 Gaugamela	Dario	200.000- 1.000.000	40.000- 200.000	200	15	Arr. An. 3.11-16; Diod. 17.53-60
—326 Hidaspes	Poro	+ 20.000- 50.000	2.500- 4.500	400- 1.000	85- 200	Arr. An. 5.9-18; Diod. 17.87-88; Plut. Alex. 60; Curt. 8.14
—320 Pisidia	Antigono	40.000	7.000	—	70	Diod. 18.44-46
—317 Paretacene	Antigono	28.000	8.500-11.100	—	64	Diod. 19.27-32
	Eumenes	35.000	6.300	—	125	
—316 Gabiene	Antigono	22.000	9.000	—	65	Diod. 19.39-43; Plut. Eum.
	Eumenes	36.700	6.000	—	114	
—312 Gaza	Demetrio	13.000	4.400	—	43	Diod. 19.80-85
—301 Ipsos	Antigono	70.000	10.000	—	75	Plut. Dem. 28-29; Diod. 20.113-21.2
	aliados	64.000	15.000	100	400	

CATURANCA

Cuadro D: El testimonio de Asclepiódoto (cod. Laur. LV 4 F, saec. X)

σύστημα	άρματα	ελέφαντες	σύστημα	άρματα	ελέφαντες
x 2	ζυγαρχία	θηραρχία	x 16	άρματαρχία	ελεφανταρχία
x 4	συζυγία	ἐπιθηραρχία	x 32	κέρας	κεραρχία
x 8	ἐπισυζυγία	ίλαρχία	x 64	φάλαγξ	φαλαγγαρχία

Cuadro E: El elefante de guerra en época helenística y romana

batalla	bando	elef.	batalla	bando	elef.
—280 Heraclea	epirota (Pirro)	20	—202 Zama	cartaginés (Aníbal)	80
—279 Asculum	epirota (Pirro)	19	—197 Cinoscéfalas	romano (Flaminio)	?
—275 Beneventum	epirota (Pirro)	*17	—191 Termópilas	seléucida (Antíoco III) romano (Glabrión)	6 15
—273 invasión gálata	seléucida (Antíoco I)	16	—190 Magnesia	seléucida (Antíoco III) romano (Escipión <sup>1</sup> )	54 16
—255 Bagradas	cartaginés (Jantipo)	100	—168 Pidna	romano (Emilio Paulo)	34
—250 Panormos	cartaginés (Asdrúbal <sup>1</sup> )	140	—164 Beth Sur	seléucida (Lisias)	80
—220 Apolonia	seléucida (Antíoco III)	10	—162 Beth Zakharya	seléucida (Lisias)	32
—218 Trebia	cartaginés (Aníbal)	37	—153 Numancia	romano (Nobilior)	10
—217 Raffia	seléucida (Antíoco III) lágida (Ptolomeo IV)	102 73	—134/33 Numancia	romano (Escipión <sup>2</sup> )	12
—215 Ibera	cartaginés (Asdrúbal <sup>2</sup> )	*21	—109 Muthul	númida (Yugurta)	+44
—208 Baecula	cartaginés (Asdrúbal <sup>2</sup> )	?	—46 Tapsos	pompeyano (Escipión <sup>3</sup> )	*60
—207 Metauros	cartaginés (Asdrúbal <sup>2</sup> )	10			
—206 Ilipa	cartaginés (Asdrúbal <sup>3</sup> )	32			

LA PLEGARIA HITITA, RELIGIÓN Y LITERATURA

Alberto Bernabé  
(Universidad Complutense)

**Abstract.** The Hittite prayers are a piece of the palatial administration (like the correspondence with neighboring kingdoms or the treaties) rather than personal and intimate conversations with a god. They are a sort of register of the relations of the king with the gods. The author examines different elements that take part in the Hittite prayers: a) the issuer (the king, the queen, or an important person of the court), b) the recipient (the gods to which the prayers are addressed), c) the message (the kind of favors required), and d) the strategies (a section in which the main types of prayers and their different parts are studied). Finally, the underlying religious ideology is analyzed and some conclusions sketched.

El propósito de mi exposición es presentar un panorama de las características de la plegaria hitita tal como la conocemos a través de los textos procedentes de los archivos reales de Hattusa.

Debo comenzar por señalar lo que la plegaria hitita no es, habida cuenta de que, desde nuestra perspectiva moderna, estamos habituados a plegarias de otro tipo. En primer lugar, no es una oración fijada y breve, utilizable por todos los creyentes, como nuestro Padrenuestro, sino se trata de un texto más largo y complejo, compuesto para personas concretas y ocasiones específicas. En segundo lugar, no es tanto un diálogo personal e íntimo con la divinidad, sino más bien material de la administración del palacio, asimilable a la correspondencia con reinos vecinos o a un tratado: las plegarias son una especie de registro de las relaciones del rey con la divinidad. No otro es el motivo de que se archiven en el palacio: podían utilizarse otra vez en futuras ocasiones, similares a aquella para la que la plegaria fue compuesta o bien pueden servir de modelo para tomar de ellas elementos válidos para otras plegarias.

Hallamos las plegarias bien como documentos exentos, bien formando parte de otro texto. Por ejemplo, en el prólogo de los *Amules de Mursili II en un decenio*, que es un documento histórico en que se recogen los hechos del rey en los primeros diez años desde que subió al trono, el monarca nos describe la situación a su llegada al trono cuando los reinos vecinos se habían alzado contra él, porque era aún muy joven y creían que no sería capaz de hacerles frente. Nos cuenta Mursili que decidió ponerse en manos de la diosa Sarap de la

<sup>1</sup>Sobre la plegaria hitita cf. Goetze, A. (1950): "Hittite Prayers", en: Pritchard, J.B. (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton (1969) pp. 393-401; Laroche, E. (1964-1965): "La prière hitite: vocabulaire et typologie", *École Pratique des Hautes Études: Section des sciences religieuses* 72: 3-29; Houwink Ten Cate, Ph. H. J. (1969): "Hittite royal prayers", *Numer* 16: 81-98; Kühne, C. (1975): "Heitische Texte II. Gebete", en: Beyerslin, W. (ed.), *Religionsgeschichtliches Handbuch zum Alten Testament*, Gütersloek; H. G. (1978): "Some aspects of Hittite prayers", *The Journal of Human Knowledge*; Acta Universitatis Upsalienis: 125-139; R. Lehman (1980): *Hymnes et prières hittites*, Louvain-la-Neuve, Kailtemami; G. (1983): "Las plegarias hititas (a propós de una reciente monografía)", *Numer* 30: 269-286; Marazzi, M. (1983): "Imi e preghiera hitite. A proposito di CH 376", *Studi orientalistici in ricordo di Franco Caruba*, O. (1983): "Saggio sulla preghiera eeta (a proposito di CH 376)", *Studi orientalistici in ricordo di Franco Pinore*, *Studia Mediorientalia* 4: 3-27; Labrun, R. (1986): "La prière hitite", *Dictionnaire de spiritualité* XII 2, pp. 2196-2199; Bernabé, A. (1987): *Textos literarios hititas*, 2ª ed., corregida y aumentada, Madrid, pp. 237-303; De Roos, J. (1995): "Hittite prayers", en: Sasson, J. M. (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, III, New York, pp. 1997-2005.